



## RESEÑA

**Microtextualidades**  
Revista Internacional de  
microrrelato y minifición

Realizada por:

Irene ANDREZ-SUÁREZ  
Universidad de Neuchâtel  
[irene.andres@unine.ch](mailto:irene.andres@unine.ch)

*Directora*  
Ana Calvo Revilla

*Editor adjunto*  
Ángel Arias Urrutia

Víctor Sáez. *Lecturas al atardecer*. Málaga: Ediciones  
Vital Aza, 2019.

Número 7, pp. 140-144  
ISSN: 2530-8297



Este material se publica bajo  
licencia Creative Commons:  
Reconocimiento-No Comercial-Sin  
Derivadas  
Licencia Internacional  
CC-BY-NC-ND

*El mundo narrativo de Víctor Sáez*

Versátil e inquieto, el escritor alicantino-malagueño Víctor Sáez ha cultivado artes diversas: la música, la pintura al óleo y la digital, la encuadernación artesanal y la literatura, en la que se estrenó con un repertorio de cuentos: *La lápida de Dora y otros relatos* (2010)<sup>1</sup>, seguido de otros dos de microrrelatos: *Lecturas al atardecer* (2014, 2016)<sup>2</sup> y *Lecturas al amanecer* (2019).<sup>3</sup> Por el momento, nos ocuparemos únicamente del primero, dejando para otra ocasión el estudio del segundo.

*Lecturas al atardecer* va acompañado de cuarenta y dos ilustraciones de veinte artistas plásticos, lo que representa un valor adicional. El dibujo que sirve de pórtico al conjunto, de Andrés Antúnez, lleva por título “El escritor de microrrelatos” y es en sí misma toda una poética del género, ya que representa a un escritor pertrechado de pluma, tintero y una lupa, que escribe con suma concentración y cuidado en un libro diminuto. Tanto la lupa como el tamaño del libro evocan claramente dos rasgos singularizadores del microrrelato: la hiperbrevedad y la concentración extrema de sus atributos. Vienen a continuación dos textos introductorios, uno de Luis López Molina y otro de Mercedes Junquera Gómez, catedráticos ambos en universidades de gran prestigio, los cuales nos introducen en la lectura de los textos que lo componen y nos ayudan a desentrañar su sentido profundo, especialmente el del primero, reconocido especialista de la obra de Ramón Gómez de la Serna y experto en el análisis de la microficción, quien sitúa a Víctor Sáez en la estela del autor de las greguerías y también en la de Goya y Quevedo. En realidad, él bebe en fuentes culturales y artísticas diversas, principalmente en el expresionismo kafkiano (“La inesperada visita del Sr. Samsa”), el surrealismo, la literatura fantástica, gótica y de terror. No en vano, algunos personajes sufren alteraciones físicas y psicológicas, sin que tales cambios de forma o de naturaleza parezcan importarles demasiado, y los objetos poseen asimismo cualidades humanas y están dotados de una fuerte carga simbólica.

Si bien la estética realista está presente en muchas piezas, nunca se trata de una réplica especular de la realidad, porque lo imprevisible y el misterio se dan la mano en ellas para derivar hacia un realismo metafórico. La lista de motivos de este volumen es larga: la soledad, la incomunicación, la vejez, la muerte, la deshumanización de la sociedad avanzada, las numerosas frustraciones e insatisfacciones que acarrea la existencia, las relaciones filiales (“Un honor”; “Manos”) y las de pareja, presididas por la soledad en compañía (“Savoy”), o el desamor (“Historia triste de un desamor”, “Ella”, “Búsqueda”), fruto del desgaste de la convivencia y de la rutina (“Loco amor”), del envejecimiento (“Otoño”) o el paro (“San Valentín”). A esto hay que añadir un buen manojo de textos consagrados a la exaltación del erotismo (“A propósito de Bizancio”, “Luna llena”, “A pesar del tiempo”) y a la sublimación del amor (“Diario”, “A pesar del

---

<sup>1</sup> Madrid: Ediciones Fergutson S.L. 2010. *La lapida de Dora y otros cuentos* consta de tres bloques claramente diferenciados. El primero, titulado “Negro”, agrupa cuentos presididos por el misterio o el terror y explora los motivos clásicos del género fantástico. En el segundo: “Azul”, el protagonista-narrador – trasunto probable del escritor-, rememora y evoca sus recuerdos de infancia y adolescencia, y, el último, “Rojo”, está protagonizado en su mayor parte por los objetos, principalmente relojes y libros, o por personajes solitarios y atrabiliarios, a veces. Es una obra madura y muy trabajada.

<sup>2</sup> *Lecturas al atardecer. Relatos y microrrelatos*. Málaga: Ediciones Vital Aza, 2014; 2016.

<sup>3</sup> *Lecturas al amanecer. Relatos y microrrelatos*. Málaga: Ediciones Vital Aza, 2019.

tiempo”), en cuyo caso, el lirismo es la nota más sobresaliente. Mientras los textos realistas indagan en las miserias humanas, en la parte oscura que todos llevamos dentro, los fantásticos, mayoría en este volumen, persiguen otro fin: representar aquello que se nos escapa de la compleja interioridad del ser humano e intentar descifrar las leyes que rigen el mundo en el que vivimos.

De la profusión de motivos fantásticos y surrealistas presentes en la obra narrativa de Sáez, cabe destacar la presencia del mundo onírico y la vulneración de las leyes físicas, pues sus personajes sufren, según se dijo, alteraciones físicas y psicológicas, los difuntos regresan del más allá (“El abuelo”, “La banda de jazz”) o mantienen la conciencia después de la muerte (“Mi doméstica amazona”), y los objetos, como sucede en la obra de ciertos autores postistas (Antonio Beneyto y Antonio Fernández Molina...) o fantásticos (Cristina Fernández Cubas o José M<sup>a</sup> Merino, entre otros), poseen cualidades humanas y total autonomía, según se verá. En realidad, todos los motivos importantes de la literatura fantástica clásica están presentes en este volumen, por ejemplo, el desdoblamiento de la personalidad (“Payaso”, “Curado”, “El espejo”, “Gatos”), la presencia de otros órdenes de realidad (“La casa vacía”, “Inmaterialidad”), el cuestionamiento de la frontera entre la vida y la muerte (“El espécimen”, “La banda de jazz”), la alteración de las coordenadas espacio-temporales (“Simetría”, “El reloj de pulsera”), la interferencia entre lo real y lo soñado (“No me explico”), o la presencia de mundos paralelos y alternativos al nuestro, ya sean animales (“Historia triste de un desamor”) o seres inanimados (los objetos).

La indagación en la naturaleza del *yo* es uno de los temas recurrentes en toda su producción. Para expresar la pluralidad del *yo* y las conflictivas relaciones operadas entre las heteróclitas facetas del individuo, el autor recurre a las imágenes del doble (“El payaso”, “Reestructuración”, “La operadora”) o del espejo (“Gatos”, “El espejo”), las cuales funcionan como metáfora de la personalidad escindida y fragmentada del individuo, cuyo rostro es de por sí un enigma, según pone de manifiesto ese payaso que sale al escenario disfrazado de sí mismo, sin careta, lo que provoca una carcajada general del público e incita la reflexión del lector. Y, en ese reino de la escisión de la personalidad, el escritor se lleva la palma, porque, como bien señala el texto que clausura el volumen (“La operadora”), oscila constantemente entre dos órdenes de realidad distintos: el mundo ficcional y lo que comúnmente llamamos realidad.

Con todo, son los objetos los que mayor protagonismo adquieren en su obra y ello es puesto de manifiesto tanto en el volumen de cuentos ya mencionado, donde rinde homenaje a los objetos de su escritorio por hacerle más llevadera la soledad (“Los objetos son yo”), como en numerosos microrrelatos de *Lecturas al atardecer*. Ante nuestros ojos desfilan maletas, espejos, casas vacías, muebles abandonados en calles desiertas, estatuas suicidas, rincones capaces de abducir objetos, prendas y artilugios perdidos, etc., y todos ellos están dotados de memoria y sensibilidad, según se puede ver en la pieza “El salón”, en el que los muebles tiemblan cuando llega la mujer de la limpieza y no se relajan hasta que se marcha. Sólo entonces dan rienda suelta a sus emociones y sentimientos: las sillas se lamentan de tener que soportar las pesadas nalgas de los señores y los cuadros de los productos abrasivos utilizados para quitarles el polvo.

Pero lo más significativo es que los objetos suelen actuar como catalizadores de lo fantástico o de lo insólito, según atestigua el manojito de textos protagonizados por relojes (“El reloj de pulsera”, “El despertador”) o los que consagra al mundo de los libros (“Mis libros”, “La bibliotecaria”, “El libro abierto” o “In excelsis Cupertino”) y de los escritores (“Escritor negro” especializado en la literatura de terror) o bien al proceso de lectura (“Mi amigo”, “La propia historia”), en los que se muestra cierta propensión a invertir situaciones, personajes y valores. Tanto los unos como los otros permiten, a

quienes los utilizan, transitar entre realidades distintas, pasar de un orden temporal o espacial a otro. Así, por ejemplo, “El despertador”, del título homónimo, tiene nervios, observa a su propietario, juega con él, intenta seducirlo, lo despierta antes de la hora programada y está dotado de una notable existencia emocional: “No es una vida solo mecánica, automática, reglada. Tiene sus altibajos –atrasa- y toma sus decisiones”. Y “yo, que no puedo dormir sin él –declara su dueño-, soy en el fondo, su esclavo” (p. 146), y algo similar se da en “El reloj de pulsera”, convertido en el depositario y explicación de la desaparición misteriosa del padre del protagonista y en un puente entre el mundo de los vivos y de los muertos. La suspensión de la cronología y las alteraciones temporales vulneran las leyes de la física e introducen un mundo paralelo regido por reglas distintas. Todos estos textos expresan la obsesión del escritor por el concepto tiempo y su carácter inexorable, y los libros, otra de sus grandes querencias, son un bálsamo para el alma y vehículo por excelencia de las ideas y del conocimiento.

Dotados de un mundo interno y vital, los que protagonizan sus piezas (“La bibliotecaria”, “Mis libros”, “El libro abierto” e “In excelsis Cupertino”) despliegan estrategias diversas para llamar la atención de los lectores (vibran, dan saltos de abajo arriba...) o para suscitar su deseo de sacarlos del letargo en el que viven sumidos en los anaqueles (“Mis libros”). Son ellos quienes eligen al lector y no a la inversa y, cuando logran sus objetivos, las letras impresas se ven aquejadas de ftofobia inesperada o ceguera transitoria y algunos signos se descolocan incluso, requiriendo ciertos reajustes (“El libro abierto”). De notable sensibilidad, son capaces, además, de tejer lazos afectivos con las personas que gravitan a su alrededor, según se aprecia en el microtexto “La bibliotecaria”. Cuando a ésta le llega la jubilación, embargada por la emoción, acaricia horizontalmente “la piel de los lomos de sus libros más antiguos”, y, como contrapartida, ellos, “sabiéndose queridos, compañeros de tantos años en los cuidados anaqueles de esa librería, inclinaron a su paso nervios y tejuelos como en una reverencia de despedida” (p. 35). Después, ella apagó la luz de la biblioteca y los libros, “entristecidos, retrocedieron de la primera línea del anaquel al fondo del mismo, como en una retirada ciega para no verla marcharse triste y compungida” (íbidem). Sáez presenta la lectura como un poderoso agente de placer y como vía de conocimiento por su capacidad para ampliar las experiencias vitales del lector (“Mi amigo”) y ayudarlo a comprenderse a sí mismo. Para él, las enseñanzas que aportan los libros de ficción sobre nosotros mismos superan con creces las de la mejor autobiografía (“La propia historia”) y los objetos, tanto si son aliados como rivales de los personajes, poseen la facultad de abrir brechas en la realidad para que aflore lo otro y, de rebote, suscitar la reflexión del lector.

Formalmente, las 94 piezas que componen este volumen aparecen ordenadas de menor a mayor extensión y algunas de ellas destacan por su originalidad constructiva como, por ejemplo, la que sirve de pórtico al libro: “Brevedad”, un diálogo truncado compuesto de ocho palabras que el lector deberá recrear por su cuenta, y esta incitación a la lectura participativa y lúdica se da igualmente en “Amor en cien palabras” y en “Picnic!”. En el último texto se nos ofrecen dos visiones antitéticas de un encuentro amoroso extraconyugal, dispuestas en sendas columnas paralelas, con un final común pesimista, y el primero constituye una incitación a verificar si el cómputo anunciado es correcto. Por otra parte, Sáez maneja con soltura el humor, presente tanto en las situaciones planteadas como en la forma de narrar, inspirado, según López Molina, “por una inteligencia despierta y la capacidad crítica, pesimista”,<sup>4</sup> un humor que, cuando aborda asuntos de carácter social como la desigualdad (“2025”) o la corrupción e ineptitud de los políticos

---

<sup>4</sup> Luis López Molina, “Introducción” al libro de cuentos de Víctor Sáez, *La lápida de Dora* (2010), p. 15.

(“Tres mundos”), tiende a teñirse de cierta ironía y hasta de sarcasmo.

Un valor añadido de este volumen es, según dijimos, el universo iconotextual<sup>5</sup>, la relación que se establece entre ciertos textos y las ilustraciones en blanco y negro realizadas por diversos artistas plásticos a petición del escritor. Seis de ellas son del propio Sáez (“El espejo”, “La bibliotecaria”, “Simetría”, “La banda de jazz”, “Túnel” y “La inesperada visita del Sr. Samsa”) y están vinculadas con textos fantásticos (las cuatro primeras) o intertextuales, puesto que las dos últimas son un guiño a Ernesto Sábato y Franz Kafka respectivamente. Las restantes pertenecen a veinte pintores, doce varones y ocho mujeres, algunos de los cuales son conocidos en el mundo del arte. Según indica el escritor al inicio del volumen, ninguno de ellos conocía el contenido del libro al efectuar su trabajo, únicamente un texto o, a lo sumo, dos. Por lo tanto, cada una de ellas expresa una visión plástica derivada de la lectura de una pieza específica. En cualquier caso, lo puramente textual se enriquece aquí con elementos procedentes del mundo icónico, el cual desempeña diversas funciones: embellecer el conjunto; crear un ambiente, una atmósfera determinada; acentuar aspectos poco perceptibles en el texto y llamar la atención sobre la presencia de dimensiones nuevas o de otros órdenes temporales o espaciales. Es decir, el lenguaje gráfico (espacial, concreto y sintético) se combina e interrelaciona con el literario (temporal, abstracto y analítico), con el fin de completar la información ofrecida en los textos y suministrar al lector otras claves para su desciframiento.

Como se ve, la cosmovisión de Víctor Sáez se sustenta en preocupaciones artísticas, existenciales y metafísicas y sus microrrelatos se caracterizan por una gran diversidad temática, técnica y formal. El autor privilegia los momentos climáticos de gran intensidad, llevando la tensión y la omisión al extremo; lo que se silencia, lo que se sugiere y presupone tiene a menudo más peso que lo que se dice o se muestra y ello obliga al lector a efectuar una lectura especialmente activa y participativa. Por otra parte, mezcla constantemente la realidad y la fantasía y conjuga con pericia el lenguaje culto y el popular, la sobriedad y el lirismo (textos como “El diario” o “A pesar del tiempo” están contruidos con la esencia de lo lírico). Y poéticos son también ciertos recursos como, por ejemplo, la densidad de la estructura, la compleja red de símbolos utilizados (la lupa y el espejo evocan el desdoblamiento de la personalidad de los personajes, la maleta su deseo de cambiar de vida y los relojes la inmaterialidad del tiempo), la predilección por la sugerencia visual, plástica, o la prosa rica en imágenes, metáforas y comparaciones, dotadas de gran fuerza expresiva, que funcionan como potentes instrumentos para indagar en la interioridad insondable de los personajes. Por todo ello, a las historias de Víctor Sáez les corresponde, por derecho propio, un lugar destacado en el ámbito del microrrelato de lengua española.

---

<sup>5</sup> Conjugar dos formas artísticas (la icónica y la literaria) para plasmar la vida no es algo nuevo, cuenta con una gran tradición en nuestro país: entre otros, los hermanos Bécquer, José Gutiérrez Solana, Ramón Gómez de la Serna, Salvador Dalí, Max Aub (en *Jusep Torres Campalans* inventa todo un mundo gráfico), Lorca, Alberti, Antonio Fernández Molina, Antonio Beneyto, Javier Tomeo o José M<sup>a</sup> Merino. En ocasiones, el elemento gráfico se convierte en un componente esencial de un libro o de un texto, sin el cual resulta difícil la interpretación de los mismos.